

LA RENTA BÁSICA EN EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO

1. El socialismo no ha muerto, pero está enfermo

La muerte del socialismo es un lugar común tanto entre la derecha como entre cierta izquierda de hoy en día. No es, tampoco, un diagnóstico nuevo. La derecha ha basado gran parte de su actividad, desde la Comuna de París, en proclamar a los cuatro vientos la miseria y la muerte del socialismo como proyecto. Las razones que vendrían a dar soporte a tal tesis son, hoy día, diversas. El socialismo ha muerto porque ha demostrado ser menos eficiente que el capitalismo, nos dicen los economistas no-socialistas o antisocialistas. El socialismo ha muerto porque ha sido derrotado políticamente, nos dicen muchos científicos sociales (incluyendo aquel sociólogo-pop que es Francis Fukuyama, y que proclamaba que la Historia había llegado a su fin). El socialismo ha muerto porque es un proyecto inmoral, dicen los pensadores liberales. Incluso, desde cierta izquierda, se proclama la muerte del socialismo con una curiosa teoría de la fecha de caducidad: el socialismo era deseable, e incluso posible, en el mundo de ayer, pero no en el mundo globalizado y tecnificado de hoy.

No obstante, todos estos enterradores del socialismo obvian algo que a mi me parece evidente: un proyecto político, social o moral no muere cuando se demuestra su inviabilidad ni cuando se demuestra su ineficiencia, ni cuando se le derrota políticamente, ni siquiera cuando se demuestra su imposibilidad. Un proyecto político muere únicamente cuando se queda sin seguidores

Una vez aclarado esto, resulta difícil sostener que el socialismo ha muerto. A lo largo y ancho de todo el mundo surgen respuestas organizadas contrarias al capitalismo e inspiradas en mayor o menor medida en el proyecto socialista. Desde los okupas hasta el movimiento del software libre, los movimientos que luchan contra la propiedad privada de los medios de producción (esto es, en suma, el socialismo) en uno o mas sectores de la sociedad se multiplican, crecen y toman impulso gracias a (y no a pesar de) la globalización y la tecnificación de la vida social. Hoy en día los socialistas disponen de partidos, movimientos, publicaciones, contrainformación electrónica... El socialismo dista mucho de estar muerto. Y, sin embargo, si que podemos afirmar que un cierto socialismo ha muerto o, cuanto menos, está muriendo. Mejor dicho: unos ciertos socialismos.

Un socialismo que está mas bien muerto es, sin duda, el comunismo. Nótese que hablo del comunismo, no del marxismo como teoría. El comunismo, decía, está mas bien muerto. Hoy día son pocos los que se atreven a defender con orgullo la experiencia de las tiranías comunistas de China y la Europa del Este. Pocos que lo hacen no se olvidan de aceptar que en ambas experiencias comunistas hubo un grave déficit de libertad, para luego contraatacar y explicar con argumentos mas que dudosos que este déficit se produce en igual medida en el Occidente capitalista. Los partidos comunistas se esconden hoy detrás de marcas “rojiverdes”, y los pocos que no lo hacen conservan del comunismo la estética y los símbolos, pero muy poco del programa original. Los trotskistas, eternos disidentes del comunismo, tampoco están mejor: hace tiempo que o bien actúan de comparsas de las coaliciones “rojiverdes” o bien se sitúan directamente en Marte, alejados de cualquier realidad política real (valga la redundancia). Finalmente, queda por parte de los comunistas una defensa incondicional de Cuba, que seguramente acabará cuando muera Fidel y su aureola mítica deje de tapar las graves violaciones de derechos humanos y el alto grado de burocratización de la dictadura comunista caribeña.

Otro socialismo que está, no se si muerto, pero en todo caso en la UCI, es el socialdemócrata. La socialdemocracia nació como un proyecto anticapitalista de la clase obrera, basado en la lucha política (también, pero no solo, parlamentaria), sindical e

incluso cultural. La socialdemocracia acabó concentrándose en los procesos que habían de llevar a la meta, es decir, en las reformas y los cambios concretos, y se fue desconectando de su objetivo final, el cual se presentó como la utopía que no llegaría nunca pero que indicaba el camino a seguir. Durante un tiempo, la socialdemocracia potenció la construcción del Estado del Bienestar europeo, en muchos sentidos la sociedad más justa que ha existido en toda la Historia. Lo cual, dicho sea de paso, no es ningún mérito teniendo en cuenta cuál es su competencia. Sin embargo, el Estado de Bienestar ha demostrado tener serios problemas que no hacen que sea inviable (al contrario de lo que muchos piensan), pero que sí reclaman una severa revisión. Y el problema es que esa severa revisión alcanza el corazón mismo de la socialdemocracia, porque lo que de alguna manera se pone de manifiesto con la crisis del Estado del Bienestar es que “cuidar a la gente desde la cuna hasta la tumba” es un proyecto muy inestable mientras los ciudadanos a los que se “cuida” sean ciudadanos de una sociedad capitalista, que viven aquello que Félix Ovejero llama con gran ingenio la “libertad inhóspita”: la libertad frente a los demás, y no entre los demás, y por supuesto no gracias a los demás. Cuando uno es libre frente a los demás, no es extraño que vea con hostilidad eso de que le obliguen a destinar una parte de su dinero a parados, estudiantes pobres, enfermos de SIDA y demás parásitos indeseables. Cuando uno, además, se forma como persona en el capitalismo, no es extraño que aprenda a ser egoísta y a desarrollar conductas de free rider: ir a la Seguridad Social evadiendo a Hacienda. Parece evidente que la socialdemocracia está muriendo de moderación. No les faltaba razón a los comunistas cuando la criticaban por maquillar al capitalismo sin cambiarlo, y cuando señalaban que esa estrategia lleva, tarde o temprano, al fracaso. Y, como en el caso de los comunistas, los socialdemócratas optan hoy o bien por dejar de serlo sin decirlo a viva voz (Terceras Vías, Nuevos Centros y demás) o bien por conservar la retórica de la defensa del Estado del Bienestar cediendo, de hecho, a las presiones de los reformadores neoliberales. La socialdemocracia, la socialdemocracia del Estado del Bienestar pura y dura, también parece no tener defensores y estar más muerta que viva.

El comunismo y la socialdemocracia, los máximos exponentes del socialismo, parecen haber fracasado. Pero hemos dicho que el socialismo no ha muerto. Lo que nos queda es, finalmente, que el socialismo no ha muerto pero está gravemente enfermo. Y es aquí donde los socialistas debemos preguntarnos: ¿qué pasa?

2. El proyecto socialista clásico

Empezaré por definir lo que entiendo, y lo que creo que todo el mundo debería entender, por “socialismo”. La sociedad socialista es, según Marx, aquella sociedad donde el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos. Es decir, que tu no te puedes desarrollar si no es a condición de que yo lo pueda hacer, y viceversa. La sociedad socialista, entonces, es aquella que provee a sus ciudadanos los medios para que se desarrollen (es decir, para que vivan sus vidas) libremente. Para esto hace falta que la producción de la riqueza (por tanto, la economía): 1) esté en manos, más o menos, de la sociedad, y no en manos privadas; 2) revierta en beneficio, más o menos, de toda la comunidad. Por tanto, entiendo por socialismo a todo aquel movimiento que lucha por la socialización (mayor o menor) de los medios de producción de cara a conseguir una sociedad (más o menos) igualitaria. Creo que esto cuadra con lo que históricamente han sido los movimientos y partidos socialistas: es su mínimo denominador común y su frontera respecto al resto de proyectos políticos. Ambos polos (colectivismo e igualitarismo) son igualmente importantes. Sería hacer un uso bastardo del término “socialismo” (como el que hace gente como Hayek, por cierto) el calificar de socialismo a todo aquel régimen o movimiento que propugnase una menor privacidad de los medios de producción; tomando esto por norma, caeríamos en

el absurdo de considerar socialistas a Franco o a de Gaulle, dirigentes conservadores de regimenes sin duda alguna intervencionistas en economía. Sería también inapropiado llamar socialista a alguien que pretendiera conseguir una mayor igualdad material entre los ciudadanos a base de privatizar aun mas los medios de producción, aunque hasta donde se no hay nadie que haya defendido seriamente esto. Los socialistas oponen su proyecto al régimen económico y social capitalista, que se podría definir como economía de mercado con medios de producción privados. Nótese que el mercado es aquí un componente que no entra en contradicción, en lo fundamental, con el socialismo: hasta donde sabemos, no hay nada que impida que haya una economía de mercado basada en fórmulas de propiedad colectiva. Ahí están las varias e interesantes propuestas teóricas de socialismo de mercado, como las que provienen del marxismo analítico.

Los socialistas han buscado el “libre desarrollo” de todos por muchas y muy diversas razones, morales o no. Los hay que lo han sido por utilitarismo, porque aspiraban a una sociedad lo más feliz posible. Los hay que lo han sido por igualitarismo, por conceder un valor intrínseco a la igualdad entre los ciudadanos y aun entre los seres humanos. Otros, como un cierto Marx, lo han sido por considerar que el socialismo es el inevitable fin de la Historia y que, ya que aunque quisiésemos no podríamos detenerlo, como mínimo habrá que aminorar los dolores del parto. Y finalmente, otros, como otro cierto Marx, lo han sido por aspirar a la realización del viejo ideal de la libertad republicana, del cual hablaremos mas tarde. Sea como fuere, todos los socialistas coincidían en un mismo diagnóstico: en la sociedad capitalista solo unos pocos se pueden desarrollar libremente, y esto es así a consecuencia de la propiedad privada de los medios de producción inherente al capitalismo. Hace falta, pues, una economía en manos de la sociedad (de todos) y que beneficie a la sociedad (a todos). Y ahí es donde está el reto: ¿cómo conseguirla?

La respuesta del socialismo clásico se basó, casi unánimemente, en dos supuestos teóricos heredados de ciertas corrientes de la Ilustración (madre indudable del socialismo). Uno de ellos era lo que hoy se da en llamar “hipótesis débil de la escasez”: no hay de todo para todos porque una cierta organización social (el capitalismo, en este caso) lo impide. Esto se halla fuertemente presente en Marx y en todo el socialismo deudor de sus ideas (es decir, casi todo): el capitalismo es quien impide que las fuerzas productivas se desarrollen hasta el punto de que haya de todo para todos. El socialismo romperá esas barreras artificiales impuestas por el capitalismo, y llevará a un estadio final, el comunismo, donde cada uno recibirá según su necesidad y aportará según su voluntad. Otra tesis era la de la “tábula rasa”: los seres humanos no tienen nada innato ni en su intelecto ni, por tanto, en su carácter. La mente humana es una hoja en blanco donde se puede escribir lo que a uno le plazca, y la personalidad del individuo es (por decirlo con palabras de Marx en su sexta tesis sobre Feuerbach) el resultado del conjunto de sus relaciones sociales. No hay una naturaleza humana fija: esta es, mas que maleable, cambiante. La educación se presenta aquí como una panacea que permitirá eliminar las desigualdades entre personas, formar los ciudadanos altruistas y cooperativos que son necesarios para forjar una sociedad socialista, y corregir el egoísmo de los que ya han sido contaminados por el egoísmo inherente a la sociedad capitalista.

Estas hipótesis tenían una serie de consecuencias prácticas sobre el programa político del socialismo. La hipótesis débil de la escasez, y la creencia en la abundancia que traeria consigo el socialismo, llevaron a los socialistas a plantear una estrategia basada en el agotamiento del capitalismo por la via de la estrangulación económica. Se trataba de alimentar las reivindicaciones obreras para conseguir mejoras sociales que aumentasen el bienestar de las clases trabajadoras. A mas mejoras, mas bienes que debian ir a parar a las manos de los proletarios, hasta el punto en que el capitalismo

evidenciase su imposibilidad para satisfacer las demandas, reivindicaciones y necesidades de la clase trabajadora. Esto provocaría una crisis en el sistema económico y una toma del poder por parte de los obreros, que construirían el único sistema capaz de satisfacer sus necesidades: el socialismo. Se trata de una teoría un tanto hidráulica, en la cual la “obstrucción de la cañería” rebentaría el sistema capitalista. Todo esto cuadraba bastante bien con la teoría marxista: el capitalismo se estaba labrando su propia ruina cavando su propia tumba y creando sus propios enterradores. Para un análisis más extenso sobre la hipótesis débil de la escasez y sus implicaciones, es muy recomendable el reciente ensayo de Félix Ovejero (Ovejero, 2005).

Luego estaba la otra hipótesis, la de la tabula rasa. Un problema evidente para el socialismo era el hecho de que una sociedad donde la economía estuviese en manos de todos y funcionase en bien de todos debía estar compuesta por gente que no tuviese tentaciones de volver al viejo sistema de la propiedad privada y que tuviese plena disposición a cooperar y a sacrificarse por los demás. Esto podía parecer exigir un comportamiento supererogatorio, pero para los socialistas todo consistía en cambiar al ser humano. Si la conducta altruista que el socialismo necesita de sus ciudadanos nos parece en muchos casos no exigible desde un punto de vista moral es porque se nos ha acostumbrado a no sacrificarnos por los demás. Si se nos acostumbra a lo contrario, el altruismo incondicional nos parecerá lo más natural del mundo. Y dado que la naturaleza humana es muy cambiante, o totalmente cambiante, este objetivo (cambiar al ser humano) es perfectamente factible. La idea del “hombre nuevo” recorre toda la historia del socialismo y en especial del comunismo, desde el mismo Marx hasta los textos del Che o los siniestros campos de “reeducación” chinos. Otro caso (la Historia está llena de ellos) de una idea bienintencionada que acaba en tragedia. Aquí tenemos también otras obras que son de recomendable lectura: *La Tabula Rasa*, que desde un punto de vista liberal-conservador y favorable a la sociobiología, explora las implicaciones que para el pensamiento social tienen los descubrimientos sobre la estructura de la mente humana; y *Una Izquierda darwiniana*, que aunque mucho menos extenso y profundo que el anterior ensayo, reviste mayor interés para los socialistas puesto que teoriza sobre la posibilidad de utilizar los conocimientos sobre la naturaleza humana en beneficio de los ideales de la Izquierda. Cabe señalar que aunque estas dos obras están escritas desde un punto de vista favorable a la sociobiología, no es necesario apoyar a esta para refutar la hipótesis de la tabula rasa. Noam Chomsky es un ejemplo de innatista que rechaza las explicaciones biológicas de los orígenes de los módulos mentales.

Las dos principales ramas del socialismo se apoyaron cada una en una hipótesis con preferencia sobre la otra. La socialdemocracia se fundamentó sobretudo en la hipótesis débil de la escasez; de ahí su preferencia por las luchas sindicales y las reformas graduales, que paulatinamente debían ir colapsando al capitalismo. El comunismo, por su parte, se centró sobretudo en la tabula rasa, en la reeducación del ser humano, hasta el punto de justificar importantes abusos y violaciones de derechos humanos en nombre del paraíso que debía venir. En palabras de Bertolt Brecht, los comunistas no pudieron ser amables en su lucha por hacer amables a los seres humanos. Cada doctrina colapsó de manera distinta. Pero las dos fracasaron en su empeño por construir una sociedad abundante de individuos altruistas. Una consecuencia directa de dos hipótesis equivocadas.

Porque el caso es que las dos hipótesis están equivocadas. Desde la aparición del ecologismo y los informes sobre los límites al crecimiento, sabemos que no solo no hay de todo para todos, sino que ninguna forma de organización social puede hacer que haya de todo para todos, ni siquiera el socialismo. Así que el socialismo de la abundancia parece un imposible. Mas que de liberarnos de las cadenas de la escasez, parece ser que lo que exigirá un mundo socialista es mucha austeridad a los ciudadanos del Primer

Mundo. Esas proclamas a favor de “conseguir que los africanos tengan el nivel de vida de un norteamericano medio” son irrealizables: si todos los habitantes del planeta llegasen al nivel de consumo de un norteamericano medio, no duraríamos mucho sobre este planeta, ya que no solo no hay de todo para todos sino que no lo puede haber. Por lo que respecta a la hipótesis de la tabula rasa, ha quedado trágicamente desmentida por los hechos y rotundamente deshechada por la ciencia mas moderna. Los hechos se han encargado de demostrar que el ser humano tiene motivaciones en muchos casos egoistas, y que para conseguir un altruista absoluto como el que querían los comunistas no podremos hacer otra cosa que amenazarlo con los tanques, el destierro, el gulag o el pelotón de fusilamiento. Cosas que, amen de entrar en flagrante contradicción con la dignidad humana proclamada por el socialismo, se han mostrado además inútiles y contraproducentes. Inútiles, porque el comunismo cayó pese a décadas de “reeducación”. Contraproducentes, porque han rearmado ideológicamente a la derecha y al liberalismo y les han dado material para presentar al socialismo como un ideal totalitario y hermano del fascismo. Esto por lo que respecta a los hechos políticos. En ciencia, desde la revolución chomskyana, cada vez son menos los que sostienen la idea de la tabula rasa, y los que lo hacen pertenecen mayoritariamente a los sectores mas desfasados de la sociología académica, desconectada como está del saber científico general. Hoy en día sabemos que la mente se parece poco a una tabula rasa, y que mas bien parece algo así como un conjunto de “programas” específicos que resuelven problemas específicos. Esta idea, conocida como la teoria computacional o modular de la mente, es probablemente la mas aceptada en el campo de la Ciencia Cognitiva (de hecho, esta en su mismo origen), y tiene un claro componente innatista. Los seres humanos *si* que tienen una naturaleza anterior a su socialización, y esta y los demás mecanismos sociales pueden contener esta naturaleza o explotar algunas de sus características a expensas de otras, pero no pueden cambiarla a voluntad como pretendian los comunistas. Podemos fomentar el altruismo, pero no podemos eliminar el egoismo, y los intentos por hacerlo acabarán en fracaso o en tragedia, cuando no en las dos cosas (como fue el caso de las dictaduras comunistas).

Así pues, nos enfrentamos a un mundo donde nunca habrá de todo para todos, y donde los seres humanos son imperfectos y siempre lo serán. Un mundo donde ni el socialismo puede traer la abundancia, y donde los ciudadanos de la futura sociedad seguirán teniendo disposiciones egoistas y no podrán ser infinitamente maleables por la educación y demás mecanismos socializadores. ¿Puede este mundo convertirse en un mundo socialista? O dicho de otra manera: teniendo el grueso del conocimiento teórico disponible hoy en día en la mano, ¿podemos seguir sosteniendo que es posible una sociedad donde la economía esté en manos de todos y funcione en beneficio de todos?

3. El socialismo posible

Pensar un socialismo posible significa ajustar lo que queremos a lo que podemos. Y cuando hablo de “poder” no me refiero a lo que nos permite la coyuntura política, sino a lo que nos consiente el conocimiento teórico disponible. Aquella solamente es un hecho circunstancial, que puede cambiar y que de hecho podemos (en mayor o menor medida) cambiar. No es razonable sostener que un proyecto es inviable porque los de arriba no quieren o se van a enfadar y nos lo van a impedir. Como dice Ovejero hablando de la Renta Básica: “por poco que se indague qué es lo que se quiere decir como inviable, no se encuentran sólidas leyes económicas o matizados principios morales, sino 'imposibilidades políticas': no resulta aceptable para los que están mejor. Pero eso es cualquier cosa menos un argumento.” (Ovejero, 1998, citado en Raventós, 1999).

El socialismo posible ha de contar con dos importantes restricciones teóricas: la hipótesis fuerte de la escasez y el carácter innato de la psicología humana. La hipótesis

fuerte de la escasez hace que sea imposible pensar en una sociedad donde la igualdad se consiga a base de darle a todo el mundo todo aquello que necesite: las necesidades humanas son ilimitadas, mientras que los recursos no. La igualdad entre los ciudadanos que el socialismo ansia no se podrá conseguir dando a todos la posibilidad de derrochar, sino consiguiendo que todos sean austeros, al menos lo suficiente como para que todo el mundo tenga acceso a los recursos necesarios para su libre desarrollo. Por otro lado, el carácter innato de la psicología humana hace que la formación de buenos ciudadanos (ciudadanos cooperativos y preocupados por el libre desarrollo de los demás tanto como por el suyo propio) requiera algo más que una socialización masiva en los valores del altruismo. Tampoco podemos confiar en la represión estilo Stalin o Mao, que por lo demás es moralmente reprobable. Sin duda que deberemos echar mano de la represión para evitar ciertos actos ya de por sí indeseables (el fraude fiscal de los ricos, por ejemplo), y sin duda que la educación será una pieza importantísima en la formación de buenos ciudadanos (educándolos, por ejemplo, en la deliberación, el debate racional, el pensamiento crítico o los valores cívicos), pero con estas dos palancas no basta. Deberemos pensar en diseños institucionales más o menos complejos, que alienten aquellos comportamientos que son necesarios para la construcción del socialismo, y que canalicen en la medida de lo posible aquellos comportamientos perniciosos para la causa (los comportamientos egoístas, por ejemplo) de manera que acaben redundando en un beneficio para la misma. En otras palabras: ya no se trata de cambiar la naturaleza humana (cosa imposible, y puede que indeseable éticamente), sino de aprovechar lo mejor que hay en ella. Lo mejor, desde un punto de vista socialista, claro está.

Cabe ahondar, sin embargo, en lo que entendemos por “diseño institucional”. Dicho así, suena como si cuatro sabios se reuniesen para hacer una especie de proyecto de reforma total de la sociedad, de arriba a abajo. Yo estoy pensando en algo más modesto y, a la vez, más ambicioso. Podemos echar mano de aquello que Popper denominó “ingeniería social gradual” (es decir, pequeños cambios diseñados con ayuda del conocimiento teórico social disponible, destinados a paliar problemas sociales concretos) para introducir pequeñas modificaciones en el marco institucional vigente que, no obstante, tengan un efecto multiplicador que lleve a la generalización de aquellas conductas que son necesarias para la construcción del socialismo. Estos cambios deberían cumplir dos requisitos: ser viables, y ser estables. Es decir, no cabe pensar en una reforma que viole las leyes de la física (por ejemplo, una ley que permitiese a los trabajadores volar, a fin de que no tuviesen que preocuparse por el coste del transporte), pero tampoco en una que a la larga fuese a caer por su propio peso (lo que ha pasado con gran parte de las prestaciones del Estado del Bienestar). Lo que nos interesa son procesos estables que estén en la línea de los proyectos finales. Las reformas son importantes de cara a solucionar los problemas cotidianos del día a día, pero no hay que perder de vista (como lo hizo la socialdemocracia) que los medios no deben desconectarse de la meta final. Cada paso que demos nos ha de situar en la dirección del socialismo, que no es lo mismo que “estar más cerca” del socialismo. A veces, como enseña la teoría económica, una situación muy cercana al óptimo puede hacer imposible o muy difícil la consecución del mismo, mientras que otra situación, quizá más lejana, pueda representar una mayor facilidad de cara a lograr el óptimo deseado. Ser el mejor amigo de la persona a la que amas puede situarte más lejos de conseguir su amor que el ser simplemente un conocido.

La estabilidad de una medida social o una institución depende de que esta sea adoptada por la ciudadanía como propia y aliente aquellos comportamientos que precisa para reproducirse. El ejemplo más perfecto de ello es el mercado: alienta aquellas disposiciones -egoístas- que constituyen condición necesaria de su funcionamiento y reproducción. Por utilizar una metáfora, el socialismo debe parecerse a la vida más que al diseño industrial. Los productos de la vida son producidos

espontáneamente, sin diseñador alguno, teniendo únicamente como condición necesaria un entorno ambiental adecuado y unos “ingredientes” determinados (sustancias químicas, moléculas autorreplicadoras, etc.). Los productos del diseño industrial son planificados hasta el último detalle por uno o mas planificadores. Este modelo, el de la planificación, ya ha sido utilizado por el socialismo y ha fracasado. El socialismo parece ser como el sueño o la espontaneidad: esforzarnos por tener estas cosas no solo no nos sirve de nada, sino que incluso nos puede impedir conseguir lo que queríamos. Lo que debemos (lo que podemos) hacer desde el poder (político o no) es crear las condiciones adecuadas para que se desarrollen y se mantengan aquellas conductas que desarrollarán y mantendrán una sociedad socialista. Podemos y debemos incentivar a los ciudadanos para que sean buenos ciudadanos socialistas, pero no podemos amenazarles con el gulag ni someterlos a un lavado de cerebro, porque ni es ético ni es útil (recordémoslo: los seres humanos no son tabulas rasas donde la sociedad pueda escribir lo que le plazca).

Algunas propuestas y movimientos están demostrando que es posible llevar el socialismo a ciertos ámbitos de la vida de una manera viable y estable. Un ejemplo de esto es el movimiento del software libre: luchando contra un tipo determinado de propiedad privada (la del software), ha establecido un diseño institucional determinado (a base de licencias, organismos, costumbres...) que le ha permitido crear una amplia comunidad de usuarios y programadores que se parece mucho a lo que denominaríamos una sociedad socialista. En el mundo del software libre, el “medio de producción” (el software) está al alcance de todos y en manos de todos, además de estar orientado necesariamente al beneficio de todos aun cuando uno solo busque el suyo propio. Uno puede obtener rendimiento económico del software libre, pero solo si su trabajo revierte finalmente en beneficio de la comunidad (el desarrollador de software libre está obligado a compartir su trabajo, sus programas, con el resto de la comunidad). Uno puede adaptar el software a sus necesidades, pero está obligado a ponerlo al alcance del resto de la comunidad. Los usuarios, por lo demás, aceptan de buen grado esto porque saben que en cuanto uno solo de ellos empiece a apropiarse del software, acabará no solo con la libertad de los demás sino también con la suya propia. En el mundo del software libre, el libre desarrollo de uno es la condición del libre desarrollo de todos. Este diseño institucional, basado tanto en mecanismos sancionadores (las licencias de software libre prohíben y castigan la privatización del software creado por la comunidad) como motivadores (la difusión de ciertos valores, como el de la libertad, a través de las publicaciones y webs de este movimiento) consigue de los miembros de la comunidad un determinado comportamiento (cooperativo) sin necesidad de “obligarlos” a que lo sigan. Simplemente, el comportamiento esperado se da porque el diseño institucional es el adecuado y motiva a los individuos para hacer aquello que el software libre necesita para garantizar su propia reproducción.

Algo así debemos conseguir. No podemos esperar cambiar al ser humano mediante modificaciones en el ambiente (social), pero quizá si que podamos sacar de él aquello que el socialismo necesita para nacer y mantenerse. El ciudadano ha de ver su suerte tan ligada a la de sus conciudadanos, que tenga pocos incentivos para aprovecharse de ellos. La ventaja de esta concepción respecto a la concepción de un socialismo planificador, es que aquí ya no nos hace falta diseñar desde cero toda una nueva sociedad, sino simplemente introducir pequeños cambios que tengan efectos importantes sobre el funcionamiento del sistema social y sobre la conducta de los individuos que lo forman. Teniendo en cuenta que seguramente una sociedad socialista deberá contar con el mercado, la necesidad de incentivar (y no solo “inculcar” o respaldar legalmente) el altruismo se hace mas palmaria, puesto que el mercado es un mecanismo muy eficiente de asignación de recursos pero fomenta y precisa una serie de comportamientos (egoístas) que corroen las disposiciones cívicas y cooperativas de los

individuos, precisamente las mismas que necesitamos del ser humano para que este construya la sociedad socialista posible.

4. La Renta Básica y el proyecto socialista

Por todo lo visto hasta ahora, los socialistas tenemos la necesidad de buscar proyectos que estén en la línea de los proyectos, reformas de las que razonablemente podamos pensar que tengan una conexión causal importante con el objetivo deseado, a saber, la sociedad socialista, en la que los medios de producción son colectivos y el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos. Hemos visto brevemente el ejemplo del movimiento del software libre, pero sin duda hay también otros ejemplos: el movimiento de los Sin Tierra de Brasil, el movimiento okupa, etc. Las propuestas que nos pueden poner en la dirección del socialismo son muchas y muy variadas, pero normalmente se basan sobretodo en la práctica y tienen un escaso nivel de desarrollo teórico detrás.

Una excepción notable es la propuesta de una Renta Básica universal o Subsidio Universal Garantizado, como lo llama Raventós (Raventós, 1999). Esta propuesta nació en el seno de la academia, de la mano de Phillip Van Parijs y Robert Van der Veen en su celebre artículo “Una vía capitalista para el comunismo” (Van Parijs y Van der Veen, 1984), donde proponían un subsidio universal pagado a todo ciudadano por el mero hecho de serlo y sin tomar en cuenta ninguna otra consideración, incluyen la de si tiene o no intención de trabajar remuneradamente. La RB ha sido extensamente trabajada desde el punto de vista teórico por intelectuales que frecuentemente también ejercían de activistas. La organización mas importante en la lucha por la implantación de la RB es el BIEN (Basic Income Earth Network), que fue fundada fundamentalmente por intelectuales. Podemos distinguir dos etapas en el desarrollo teórico de la propuesta. Al principio se trató sobretodo de fundamentar normativamente la propuesta, demostrar su corrección ética apoyándola en diversas teorías de la justicia, y formular argumentos que pudiesen vencer las resistencias morales mas usuales a esta propuesta. En la etapa actual estos desarrollos teóricos se siguen dando, pero ahora el centro del interés está en las cuestiones técnicas, en propuestas concretas de implantación de la RB sobre un ámbito territorial determinado, y en la defensa de su viabilidad.

Por diferentes que sean las fundamentaciones morales de la Renta Básica, todas convergen (mas o menos) en un mismo punto: la RB tiene por objetivo garantizar el derecho a la existencia (Raventós, 1999). Un ciudadano, por el mero hecho de ser ciudadano, tiene derecho a ver satisfechas sus necesidades básicas de existencia. Se trata de un derecho de carácter distinto a los derechos a los que apela la tradición liberal. No se trata de un derecho a respetar, sino de un derecho a garantizar. La función del Estado no es asegurarse de que nadie va a molestar al individuo en un determinado ámbito de su libertad negativa, sino asegurar que toda la ciudadanía se va a garantizar mutuamente un derecho determinado, el derecho (ya lo hemos dicho) a la existencia.

Nótese de entrada la similitud entre esta concepción y la idea de lograr una sociedad donde el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos. Si antes de utilizar mi dinero debo garantizarte a ti la existencia, y viceversa, entonces nuestro libre desarrollo entra en una relación de dependencia recíproca. Yo me puedo desarrollar libremente a condición de que tu también lo hagas, y viceversa. Sin embargo, la similitud entre la propuesta de Renta Básica y la propuesta socialista no es motivo suficiente para considerar que la aplicación de la RB nos pondrá en el camino hacia el socialismo. Cabe determinar, por ejemplo, si es viable. Numerosas objeciones se han levantado contra la viabilidad de la RB, acusándola de fomentar el paro, la inflación, el parasitismo y mil males mas. Sobre esto no hablaré aquí, puesto que no tiene relación directa con el tema que estoy tratando y puesto que ya existe numerosa

literatura sobre el tema. A este respecto, es muy destacable el libro introductorio de Raventós, *El derecho a la existencia* (Raventós, 1999), donde se discuten de manera amena y convincente las principales críticas técnicas a la RB. En las líneas que siguen me voy a ocupar únicamente de la sintonía de la RB con el proyecto socialista, de si lo facilita, lo imposibilita o lo dificulta.

Para empezar, cabe determinar cual es la relación entre la RB y la estructura de la propiedad. Se supone que los socialistas luchan contra la propiedad privada de los medios de producción. Parece que garantizar una pequeña propiedad de capital a cada miembro de la ciudadanía entre en contradicción con el ideal socialista, y que mas bien está en sintonía con el viejo ideal jeffersoniano de un capitalismo de pequeños propietarios (como veremos mas adelante, la relación entre este ideal y el del socialismo es mas grande de lo que pueda parecer a primera vista). Si miramos las cosas más de cerca, sin embargo, podemos ver como la RB es un ideal eminentemente socialista. Por un lado, ya lo hemos dicho, se trata de un derecho del que el ciudadano solo puede disfrutar a condición de garantizárselo a los demás, y del que los demás solo pueden disfrutar a condición de garantizárselo a él. Por otro lado, es cierto que la RB garantiza una pequeña propiedad a los ciudadanos, pero esa propiedad no es fruto de su trabajo sino del trabajo de todos. Es decir, del total de capital resultante de la actividad económica de un país (o de una región), cogemos una parte y la redistribuimos a partes iguales entre los ciudadanos. Podemos ver aquí el ideal socialista: por un lado, el capital (un medio de producción) se socializa (al menos en parte), y por otro lado lo que se haga con él acaba redundando necesariamente en beneficio de todos (porque de lo que uno gane con su capital, y en general con todo lo que posea, una parte irá a parar a garantizar la existencia de todos y cada uno de los ciudadanos, incluido uno mismo). Así pues, el carácter propietario de la RB no supone en modo alguno reforzar la propiedad privada de los medios de producción, sino mas bien lo contrario: contribuye a socializar el medio de producción mas importante de hoy en día, el capital.

Hemos hablado antes de la restricción que la escasez supone para los ideales del socialismo. Cualquier medida que se precie de socialista deberá pensar, más que en producir riqueza (objetivo que siempre tendrá un techo), en distribuirla equitativamente. No se trata de que todos consumamos como un norteamericano medio, sino de que un norteamericano medio consuma un poquito (o mucho) menos, para que podamos consumir todos sin arrasar el planeta. En este sentido, la RB pasa holgadamente la prueba de la escasez: su aplicación no requiere de una sociedad de la abundancia, sino únicamente de una sociedad que administre su riqueza de manera diferente a como lo hacen las sociedades capitalistas de hoy en día. Por otro lado, la RB mantiene con las necesidades humanas una relación parecida a la que Marx pretendía para la sociedad comunista, aquello de “de cada cual según su voluntad, a cada cual según su necesidad”. La RB no pretende cubrir todas las necesidades del cada ciudadano, pero si cubrir unas muy determinadas, aquellas que pueden afectar de manera significativa a su autonomía y a su libre desarrollo, y ello sin tomar en cuenta la disposición a trabajar remuneradamente de los individuos (es decir, dejando que cada uno trabaje “según su voluntad”).

Hemos hablado de introducir pequeñas medidas que fomenten las disposiciones cívicas y cooperativas de la ciudadanía, de cara a fomentar que ella misma cree y mantenga una sociedad socialista. Hablando en claro, nos debemos preguntar si la RB va a llevar a la gente a considerar el libre desarrollo de los demás como condición para el suyo propio, si la va a llevar a explorar formulas de propiedad alternativas, y en definitiva si los va a comprometer *de facto* con la construcción de una sociedad socialista. ¿Qué efectos tendrá la RB sobre la conducta de los ciudadanos?

A priori, hay muchos factores que podrían inducirnos al pesimismo. Uno de ellos es la omnipresente figura del free rider. Si a uno le pagan sin trabajar, es razonable

pensar que una parte de la población decidirá no trabajar más y vivir de la Renta Básica. Los efectos que esto puede tener sobre la mentalidad de los ciudadanos pueden ser devastadoras para el proyecto socialista. Lo hemos visto con los subsidios y prestaciones propias del Estado del Bienestar clásico: la gente exigía unos servicios pero evitaba en la medida de lo posible participar de su coste (exigiendo rebajas de impuestos, o evadiendo a Hacienda). Se generaba el desprecio de los que estaban mas arriba respecto a los que estaban mas abajo, de manera que el ciudadano de clase media consideraba en muchas ocasiones al obrero como un parásito, el obrero despreciaba como aprovechados a los parados y a los inválidos, etc. Estoy hablando, claro, de casos extremos. Pero lo importante es esto: a nadie le gusta mantener a alguien que no le da nada a cambio. La sociobiología ha estudiado esta tendencia innata a evitar a quien no contribuye a nuestro bienestar en la misma medida en que nosotros contribuimos al suyo: “altruismo recíproco”. Y ha mostrado que tiene firmes orígenes evolutivos: gastar recursos en un compañero que no los gastaba en nosotros es claramente antiadaptativo.

Lo cierto, sin embargo, es que mucha gente se beneficiará de la RB. Me refiero a que la crítica formulada más arriba depende fundamentalmente de que solo los holgazanes se beneficien de la RB. Sin embargo, en un estudio reciente (Arcarons, Boso, Mogueira y Raventós, 2005) se demuestra que en una sociedad desarrollada como la catalana saldría ganando mas del 70% de la población, el 20% mas rico saldría perdiendo, y el resto se quedaría mas o menos igual. Los que se queden mas o menos igual tendrán actitudes dispares, porque no pierden nada: habrá quien tenga ataques de rabia por tener que mantener a una pandilla de parásitos, y habrá quien tenga la conciencia mas tranquila por ayudar con su dinero a que nadie se quede sin algo que llevarse a la boca. El otro 20%, lógicamente, perderá, y seguramente verá con malos ojos la Renta Básica y desarrollará sentimientos de desprecio hacia los que se beneficien de ello. Cabe pensar, sin embargo, si existe alguna posibilidad de encontrar una medida que ponga a la sociedad en el camino del socialismo y no encuentre una fuerte oposición entre el 20% mas rico de la sociedad. Yo lo dudo mucho.

Así pues, es muy probable que una inmensa mayoría de la sociedad vea con buenos ojos una medida que garantice su existencia (y por tanto, en parte, su libre desarrollo) a condición de que garantice a su vez la existencia (el libre desarrollo, insisto) de los demás. Esto tendría un efecto pedagógico que los subsidios condicionados no han tenido. Quien no estaba parado, o no lo había estado nunca (o lo había estado durante poco tiempo) no tenía posibilidad de apreciar en que medida el subsidio de paro contribuía a garantizar su libre desarrollo. En cambio, todo ciudadano (excepto quizá los de ese 20% del que hablábamos) podrá apreciar en que medida la RB contribuye a su libre desarrollo. Los trabajadores en general podrán dedicar más tiempo a su ocio, al trabajo no remunerado y a su familia, y no se verán tan esclavizados por las fluctuaciones del mercado. Las mujeres no tendrán por que aguantar un jefe perverso, ni un marido maltratador, ni siquiera un marido prepotente y dominante; se verán mucho mas libres para hacer con su vida lo que quieran y para exigir respeto por parte de sus conciudadanos del otro sexo, sin tener por que hacer caso de amenazas masculinas y machistas. Algo parecido pasará con sus estudiantes, que podrán dedicar sus años de estudio a formarse y no tendrán por que gastar sus horas haciendo de teleoperadores o de pizzeros, a no ser de que sea por un buen sueldo. El grueso de la población lo tendrá mas fácil para desarrollarse libremente y realizar su proyecto de vida buena, pero para hacerlo deberá entregar mas de la mitad de su renta anual. Su libre desarrollo se verá inextricablemente unido al de los demás. ¿Qué mejor manera de fomentar el socialismo?

Lógicamente, habrá quien dirá que este sentimiento de comunidad, de que la libertad de uno está ligada a la de los demás, no se generalizará únicamente por la aplicación de la RB. Esto es trivialmente cierto. Tampoco se generalizará solo con

campañas de buena voluntad del tipo “Hacienda somos todos”, pero tales campañas son necesarias, aunque no suficientes. Y el beneficio de la RB sobre ellas, y en general sobre cualquier acción de carácter “educativo”, es que la RB ejerce una pedagogía de la praxis: sin explicitarlo, pone el libre desarrollo de cada uno bajo la condición de que se garantice el libre desarrollo de los demás. Demuestra, en la práctica, lo que la educación y las campañas institucionales deberán explicitar teórica y verbalmente. Aquí la RB cumple el requisito deseado: fomenta la clase de mentalidad y de conducta que necesita para reproducirse.

La RB tiene otro importante efecto, que está relacionado con el de ligar el libre desarrollo de todos los miembros de la comunidad política: aumenta de manera notable la libertad y la autonomía de los ciudadanos. Esto pone a la sociedad en el camino del socialismo, por varias razones. En principio, que yo tenga la existencia garantizada significará que ya no dependeré de los grandes propietarios (las grandes multinacionales, por ejemplo) para subsistir. Puede que a partir de ahí dedique mi tiempo a holgazanear. Pero también es muy probable (de hecho, es *mas* probable) que dedique parte de mi tiempo a trabajar no remuneradamente, por ejemplo en una ONG, o colaborando con un partido político o un sindicato, o dando clases de catalán o castellano a inmigrantes sin cobrar nada. Es decir, la RB pone a las personas *en situación* de dar sin recibir nada a cambio, a parte de la satisfacción de haber ayudado a quien lo necesitaba. Algo que sin duda está en sintonía con las disposiciones cooperativas que el socialismo necesita de los individuos para nacer, desarrollarse y mantenerse. Si uno no tiene que estar todo el tiempo compitiendo en el mercado, y puede dedicar parte de su tiempo a los demás de manera desinteresada y sin preocuparse por morir de hambre, es muy probable que lo haga. Y cuando lo haga, se situará más cerca del modelo de ciudadano que el socialismo precisa y desea. Lógicamente, que la RB posibilite o facilite el desarrollo de este tipo de conductas no significa que estas se vayan a dar, pero en todo caso, las hace posibles. Y dado lo que hemos visto mas arriba (la RB como fomentadora del aprecio a la solidaridad entre los ciudadanos), es posible que incluso las fomente.

La libertad proporcionada por la RB también es importante para el socialismo en otro sentido. El socialismo, ya lo hemos dicho, pretende luchar contra la propiedad privada de los medios de producción. Es imaginable una sociedad socialista donde aquella exista, pero en todo caso no puede ser predominante o no podremos decir que realmente nos hallamos ante una sociedad socialista. La RB, ya lo hemos dicho, socializa *de facto* una parte del medio de producción mas importante hoy en día, el capital. Pero, además de ello, abre la puerta a que los ciudadanos se autoocupen, o participen de fórmulas de propiedad alternativas, como las empresas cooperativas. Ciertamente, aquí la RB solo abre la posibilidad de que esto se de, pero no parece que lo vaya a fomentar de manera especial. En todo caso, reduce considerablemente el margen de maniobra de las grandes empresas capitalistas frente a la población trabajadora, y esto ya es en si mismo un triunfo para el socialismo.

Esto último está relacionado con el último sentido en que creo que la libertad proporcionada por la RB es importante para el proyecto socialista. Para empezar, que evidencia que existe una libertad mas allá de las dos libertades liberales, la negativa y la positiva. No se trata de que no te vayamos a molestar (libertad negativa, no-interferencia), ni de que vayamos a darte los medios necesarios para que realices todos tus sueños (libertad positiva). Se trata de que te vamos a dar los medios, no para que hagas todo lo que quieres, sino para que, citando a Rousseau, “no debas hacer lo que no quieres hacer”. La RB prepara a la sociedad para un modo de relación en que los individuos actúan por convicción, y no por obligación. No se trata solo de limitar el poder del despotismo del Estado (como pretenden los liberales), sino limitar también la capacidad de los ciudadanos para intervenir arbitrariamente en la vida de sus

conciudadanos. Digo que esto es importante porque la sociedad socialista es una sociedad, recordémoslo, donde la producción de la riqueza está (mas o menos) en manos de todos y revierte (mas o menos) en beneficio de todos. Si consiguiésemos que la producción de la riqueza estuviese en manos de todos, aun nos deberíamos asegurar de que beneficiase a toda la comunidad. Si en esta sociedad una parte de la población dependiera económicamente de otra (por ejemplo), abdicaría de su autonomía para seguir subsistiendo y se sometería a los deseos de la parte de la población de la que depende. Así, estos últimos estarían robando a los primeros la capacidad de definir el bien común, que acabaría identificándose con el bien de los que mantienen a una parte de la población en una situación de dependencia. Los fracasos de las experiencias socialistas están muy relacionados con esto, con la falta de libertad y la sumisión de una parte de la población a la otra. La producción de la riqueza quizá estaría en manos de todos, pero en realidad redundaría en beneficio de unos pocos. Nada más alejado del ideal socialista.

Así pues, la libertad importa a la hora de construir el socialismo, y la RB la fomenta. Pero fomenta, ya lo hemos dicho, de una libertad diferente de las dos libertades liberales. Y bien, ¿qué clase de libertad es?

5. El reencuentro con la tradición republicana

La libertad de la que hablamos es la vieja libertad republicana, la primera libertad de la que habló el ser humano, hace ya miles de años. Se trata de una definición de libertad mucho mas ajustada a lo que intuitivamente entendemos por “libertad”: un individuo es libre en la medida en que no está dominado, y está dominado (abdica de su autonomía personal) en la medida en que existen terceras personas que pueden interferir arbitrariamente (es decir, sin contar con su opinión) en su vida, independientemente de si lo hacen o no. Esta es la libertad de la que habló Aristóteles para criticar el ideal democrático, pero también es la libertad sobre la que pretendió fundamentarse la misma democracia ateniense. También es la libertad de la más aristocrática República Romana, y la libertad de la que hablaron los renacentistas y los ilustrados de todos los países, incluidos los hombres de la commonwealth inglesa, como Locke, tan exaltados por los liberales de hoy en día. Es la libertad (contra lo que piensan los liberales) de los founders de la Revolución Americana, como Jefferson, que aspiraba a un capitalismo de pequeños propietarios porque solo ellos disponían de la libertad necesaria para encarar la vida pública. Y es, como no, la libertad de los plebeyos europeos alzados durante los siglos XVIII y XIX. Es decir, la libertad de las revoluciones democráticas y, en particular, de la Revolución Francesa.

En su excelente libro *El eclipse de la fraternidad*, Antoni Doménech rastrea entre otras cosas la historia de esta tradición, la tradición republicana. Doménech explica como la Izquierda europea, y el socialismo en particular, tienen su origen en el ala plebeya de la Revolución Francesa, aquella que fue comandada por el vilipendiado Robespierre y que tuvo su padre espiritual en el no menos criticado Rousseau. Siempre apoyándose en textos minuciosamente analizados, Doménech nos muestra como el socialismo nació de esa tradición (ahí está el republicanismo de un cierto Marx) para luego perder de vista sus ideales. He aquí, pues, un último sentido en el que la RB es importante para el socialismo. Se trata de una importancia simbólica e histórica, más que política o táctica: la RB conecta al socialismo con sus raíces republicanas al pedirle que se construya sobre, y para, la garantía de la libertad de los ciudadanos.

6. Conclusiones: la Renta Básica en el camino hacia el socialismo

La tesis fundamental de esta ponencia ya ha quedado desarrollada y justificada: la Renta Básica es una medida útil y muy importante en el camino hacia el socialismo, hacia la superación del capitalismo. Es una medida que tendrá la virtud de alimentar entre los ciudadanos los comportamientos necesarios para su propia reproducción y estabilidad, que será percibida como un beneficio por una inmensa mayoría de la sociedad y que aumentará el grado de socialización de la propiedad. Así mismo, aumentará la autonomía de los ciudadanos, haciéndolos menos dependientes de los grandes capitalistas, y abrirá la puerta a que los trabajadores dediquen menos tiempo al trabajo remunerado y mas al trabajo desinteresado. No es una medida que requiera de recursos ilimitados, ni de tabulas rasas, ni de ninguna otra hipótesis desfasada propia del socialismo clásico. Y, finalmente, conecta al socialismo con sus raíces históricas, lo cual le será de mucha ayuda en estos tiempos de triunfo ideológico del liberalismo y de desorientación moral del socialismo. Y es aquí donde descubrimos que la idea profunda de la RB, la del derecho a la existencia, es mucho menos reciente de lo que podríamos pensar: el republicano Robespierre, el abuelo del socialismo europeo, decía ya en los turbulentos tiempos de la Revolución Francesa que “el primer derecho es el de existir. La primera ley social es, pues, la que garantiza a todos los miembros de la sociedad los medios de existir; todas las otras están subordinadas a ésta”.

7. Bibliografía

- ARCARONS, J., BOSO, A., NOGUERA, J.A. y RAVENTÓS, D.; *Viabilitat i impacte d'una Renda Bàsica universal*; Fundació Jaume Bofill, Barcelona (2005).
- DOMENECH, A.; *El eclipse de la Fraternidad*, Crítica, Barcelona (2003).
- OVEJERO LUCAS, F.; *Proceso abierto*, Tusquets, Barcelona (2005).
- RAVENTÓS, D.; *El derecho a la existencia*, Ariel, Barcelona (1999).
- SINGER, P.; *Una izquierda darwiniana*, Crítica, Barcelona (1999).